



ETRAHERIDO

Peregrinaje a Beethoven

Richard Wagner

Peregrinación a Beethoven

Richard Wagner

Traducción
de
Jacinto Bismark Panero

Letraherido



Primera edición: septiembre de 2022

Título original: *Pilgerfahrt zu Beethoven*

Publicado por primera en París en 1840

© de la traducción: Jacinto Bismark Panero, 2022

© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2022

Avda. Pumarín, 7, Oviedo — 33001

www.editorialletraherido.com

ISBN: 979—8691513374

Maquetación y diseño: Ed. Letraherido

Imagen de la cubierta: *Still life with violin* de William Harnett

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 — 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

Índice

Introducción	6
Peregrinaje a Beethoven	7
Un final en París.....	42
Una noche feliz	74
Sobre la esencia de la música alemana	93
El virtuoso y el artista	118
El artista y el público	139
El «Stabat mater» de Rossini	148

Peregrinación a Beethoven

Introducción

Poco después de las humildes exequias de mi amigo R., recientemente fallecido en París, de acuerdo con su deseo, me dispuse a dejar constancia de la breve historia de sus penalidades en esa esplendorosa ciudad del mundo, cuando entre sus manuscritos, de los cuales me propongo compartir exclusivamente solo algunos textos íntegros, descubrí la narración de su viaje a Viena y su visita a Beethoven, narrada con considerable sentimiento. Encontré en ella un vínculo sorprendente con lo que yo ya había esbozado, que me convenció para que esa parte de sus diarios precediera en estas páginas a mi relato sobre el triste final de mi amigo, quien ahí describe un período anterior de su vida que puede despertar de antemano algún interés por el difunto.

Peregrinaje a Beethoven

Necesidad y aflicción, tú diosa protectora del músico alemán, en caso de que no se haya convertido en director de un teatro real. Necesidad y aflicción, ¡a ti dedico la primera mención de honor en estas mis memorias! ¡Deja que te cante, tú, compañera inseparable de mi vida! ¡Tú te mantuviste fiel a mi lado y nunca me has dejado, con mano de hierro has mantenido siempre alejado de mí cualquier golpe de suerte, siempre me has protegido contra los molestos rayos de sol de la fortuna! Siempre me has ocultado entre sombras negras los vanos bienes de la tierra. ¡Recibe las gracias por tu incansable atención! Pero, si fuera posible, búscate con el tiempo a otro protegido, porque me gustaría saber, aunque solo sea por curiosidad, cómo sería vivir *sin* ti. Por lo menos hazme el favor de atormentar especialmente a nuestros idealistas políticos, los ilusos que quieren unir Alemania a la fuerza bajo un único cetro, ¡entonces solo habría un único

teatro real y por lo tanto solo un puesto de director de orquesta! ¿Qué sería entonces de mis perspectivas y de mis escasas esperanzas, que ya están pálidas y débiles frente a mí, cuando todavía hay muchos teatros reales en Alemania? Sin embargo, ya veo, seré sacrílego. ¡Perdona, oh, diosa protectora, el desmedido deseo recién expresado! Tú conoces mi corazón y sabes cómo estoy y permaneceré rendido a ti, ¡incluso si en Alemania hubiera miles de teatros reales! ¡Amén!

Antes de estas mis oraciones diarias yo no hago nada, ni siquiera escribir el recuento de mi peregrinaje a Beethoven.

En caso de que este importante informe fuera publicado después de mi muerte, considero necesario decir quién soy, porque si no quizás una gran parte de él sería incomprensible. ¡Quedáis avisados, mundo y ejecutores testamentarios!

Mi ciudad natal es una ciudad mediana del centro de Alemania. No sé muy bien para qué estaba destinado, simplemente recuerdo que una tarde escuché interpretar por primera vez una sinfonía de Beethoven, después tuve fiebre, me puse malo y cuando sané de nuevo me había convertido en músico. Bien puede deberse a esta circunstancia que ame, adore e idolatre a Beethoven por encima de todo, aunque con el tiempo he conocido otra música preciosa. No tenía ningún otro deseo más que sumergirme por completo en la profundidad de ese genio, hasta que finalmente creí haberme convertido en parte suya, y encarnado en esa pequeña parte empecé a prestarme atención a mí mismo y a desarrollar altos con-

ceptos e ideas de mí, en resumen, me convertí en eso que los sabios llaman normalmente un necio. Pero mi locura era de una naturaleza benigna y no hacía daño a nadie; en ese estado el pan que comía era muy duro y el vino que bebía estaba muy aguado, ¡porque nosotros no ganamos mucho con las clases particulares, adorado mundo y ejecutor testamentario!

Así viví durante un tiempo en mi buhardilla, cuando un buen día se me ocurrió que todavía *vivía* el hombre cuyas creaciones yo veneraba por encima de todo. Me resultó incomprensible no haber pensado hasta entonces en ello. No se me había ocurrido que Beethoven todavía estaba vivo, que comía y respiraba como todos nosotros; ¡y Beethoven vivía en Viena y era también un pobre músico alemán!

¡Ahora se trataba de mi tranquilidad de conciencia! Todos mis pensamientos desembocaban en un único deseo: *¡Ver a Beethoven!* Ningún musulmán querría peregrinar a la tumba de su profeta con más fe que yo al cuartucho en el que vivía Beethoven.

Pero ¿por dónde podía empezar a realizar mi propósito? Viena era un viaje largo y se requería dinero para hacerlo; sin embargo ¡un pobre diablo como yo ganaba lo justo para ir tirando! Debía procurarme el dinero necesario para el viaje por cualquier medio posible. Llevé a un editor algunas sonatas para piano, que había compuesto siguiendo el ejemplo del maestro, pero el hombre me dio a entender con pocas palabras que me convertiría en el hazmerreír público con mis sonatas; y me aconsejó que, si en el futuro que-

ría ganar un par de reales con mis composiciones, primero debía labrarme una pequeña reputación con cancioncillas y popurrís. Sentí escalofríos, pero pudo más mi anhelo de ver a Beethoven; compuse cancioncillas y popurrís. Durante ese tiempo no reuní nunca el coraje necesario para echar un vistazo a Beethoven, por pura vergüenza, pues temía profanarlo.

Pero para mi desgracia no conseguí que me recompensaran nunca este primer sacrificio de mi inocencia, pues mi editor me explicó nuevamente que antes debía labrarme una pequeña reputación. De nuevo sentí escalofríos y caí en la desesperación. Pero la desesperación produjo algunas cancioncillas estupendas. Recibí dinero contante y sonante por ellas y finalmente creí haber reunido ya suficiente para poder llevar a término mi propósito. Pero entretanto habían pasado dos años, durante los cuales temí constantemente que Beethoven pudiera morir antes de que me hiciera un nombre con la composición de cancioncillas y popurrís. ¡Gracias a Dios, él había sobrevivido al brillo de mi nombre! ¡Santo Beethoven, perdóname esta reputación, fue ganada para poder verte!

¡Ja, qué placer! ¡Había alcanzado mi objetivo! ¡No había nadie más feliz que yo! Podía echarme el macuto al hombro y peregrinar a Beethoven. ¡Sentí un escalofrío celestial cuando salí por la puerta y me dirigí al sur! De buena gana me habría subido a una diligencia, no porque me asustaran las dificultades del camino a pie —oh, qué penas no habría soportado yo lleno de alegría para cumplir mi ob-

jetivo—, sino porque de esa forma habría llegado antes a Beethoven. Pero para poder pagar un billete todavía no había adquirido suficiente fama como compositor de cancioncillas. Así que soporté todas las dificultades y me consideré feliz de haber hecho al menos suficiente para poder llegar a mi destino. ¡Oh, iluso de mí, qué sueños tenía! Ningún amante que después de una larga separación regresara con el amor de su juventud podría ser más feliz que yo.

De ese humor entré en la hermosa Bohemia, la tierra de los arpistas y los cantantes callejeros. En una pequeña ciudad me encontré con una pequeña sociedad de músicos ambulantes; formaban una pequeña orquesta, compuesta de un bajo, dos violines, dos trombones, un clarinete y una flauta; además tenían una arpista y dos cantantes de voz hermosa. Tocaban música de baile y cantaban canciones; la gente les daba dinero y seguían su camino. Me los encontré de nuevo en un precioso lugar a la sombra a la orilla de la carretera, estaban tumbados en el suelo y comían. Me acerqué a ellos, dije que también yo era un músico ambulante y pronto nos hicimos amigos. Como tocaban música de baile, les pregunté tímidamente si también tocaban mis cancioncillas. ¡Extraordinarios! ¡No conocían mis cancioncillas! ¡Oh, qué placer me produjo!

Les pregunté si no tocaban otra música, aparte de la música de baile.

—Por supuesto —respondieron—, pero solo para nosotros, no delante de la gente de bien.

Sacaron sus partituras, contemplé la gran *Séptima Sinfonía* de Beethoven; asombrado les pregunté si también la tocaban.

—¿Por qué no? —respondió el mayor—. Joseph tiene una mano mal y ahora no puede hacer de segundo violín, de lo contrario ahora mismo nos daríamos una alegría con ella.

Fuera de mí, cogí inmediatamente el violín de Joseph, le prometí reemplazarlo lo mejor que pudiera y empezamos la *Séptima Sinfonía*.

¡Oh, qué éxtasis! ¡La *Séptima Sinfonía* de Beethoven interpretada aquí, en una carretera rural de Bohemia, bajo el cielo azul, por unos músicos ambulantes, con una pureza, una precisión y un sentimiento tan profundo como pocas veces por los mejores virtuosos! ¡Gran Beethoven, te rendimos un homenaje digno de ti!

Acabábamos de llegar al final de la sinfonía, cuando un elegante carruaje se acercó lenta y silenciosamente —en ese lugar, la carretera discurría montaña abajo—, y finalmente se paró junto a nosotros. En el carruaje yacía a lo largo un hombre joven, sorprendentemente alto y rubio. Este escuchó nuestra música con considerable atención, sacó un cuaderno y realizó algunas anotaciones. Después de lo cual arrojó una moneda de oro desde el carruaje y siguió su camino, mientras decía a su sirviente algunas palabras en inglés, por lo cual deduje que debía tratarse de un inglés.

Este acontecimiento nos contrarió; por suerte habíamos acabado la interpretación de la *Séptima Sinfonía*. Abracé a mis amigos y manifesté mi deseo de acompañarlos, pero ellos me explicaron que aquí abandonaban la carretera rural, para seguir campo a través y regresar a su pueblo de origen por un tiempo. Si Beethoven en persona no me estuviera esperando, sin duda los habría acompañado hasta allí. Así que nos despedimos y nos separamos. Posteriormente me di cuenta de que nadie había cogido la moneda de oro del inglés.

En la siguiente posada, en la cual me paré para fortalecer mis miembros, el inglés estaba sentado frente a una comida succulenta. Me miró durante mucho tiempo; finalmente se dirigió a mí en un alemán aceptable.

—¿Dónde están sus colegas? —preguntó él.

—Camino del hogar —dije yo.

—Coja su violín y toque algo —continuó—. ¡Aquí tiene dinero!

Eso me enfadó; expliqué que yo no tocaba por dinero, además no disponía de ningún violín, y le expliqué brevemente cómo me había encontrado con los músicos.

—Eran buenos músicos —respondió el inglés—, y la sinfonía de Beethoven también era muy buena.

Esa declaración me asombró. Le pregunté si hacía música.

—*Yes* —respondió él—, toco la flauta dos veces por semana, el cuerno francés los jueves y compongo los domingos.

Ahí es nada; me sorprendí. En mi vida había escuchado hablar de músicos ingleses ambulantes; pero me pareció que debía irles muy bien, si podían viajar en un carruaje tan hermoso. Le pregunté si era músico de profesión.

Durante mucho tiempo no recibí ninguna respuesta; finalmente el inglés dijo muy lentamente que tenía mucho dinero.

Mi error se me hizo evidente, porque sin duda lo había ofendido con mi pregunta. Avergonzado, guardé silencio y devoré mi humilde menú.

El inglés, que me había estado mirando durante mucho tiempo, reanudó la conversación de nuevo.

—¿Conoce a Beethoven? —me preguntó.

Yo respondí que todavía no había estado nunca en Viena, pero que ahora me proponía viajar hasta allí, para satisfacer el más ardiente de todos los deseos que albergaba, ver al venerado maestro.

—¡No está lejos! Yo vengo desde Inglaterra y también me dispongo a conocer a Beethoven. Ambos lo conoceremos; es un compositor muy famoso.

¡Qué extraordinaria coincidencia!, pensé para mí. ¡Gran maestro, qué opuestos no atraes tú! ¡La gente va a ti a pie y en carruaje! El inglés despertó mi interés, pero confieso que no tenía envidia de su carruaje. Para mí era como si mi penoso peregrinaje a pie fuera más sagrado y hermoso, y su realización debía procurarme más felicidad que la de aquel que iba hacia él con orgullo y altanería.